

**Con el éxito obtenido**

al publicar el número especial  
dedicado a

**Eddie Polo y  
con la enorme sensación**

causada por el «record» obtenido  
con el número especial dedicado a

**Mary Pickford y  
Douglas Fairbanks**

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

ha confirmado tener bien merecido  
el título de

**Primera y única revista  
novelesca cinematográfica**

no sólo aprobada unánimemente  
por millares y millares de lectores  
en todo España, sino por los em-  
presarios cinematográficos y por  
los mismos «ases», mereciendo la  
felicitación jamás soñada de los  
«reyes» de la pantalla.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

**N.º 92**

**25 cts.**



**REDENCIÓN**

por  
**Norma Talmadge**  
**Filmoteca**  
de Catalunya



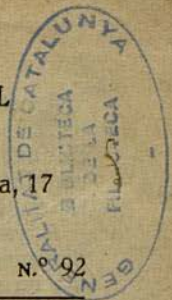


## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 92



# REDENCION

(LOVE'S REDEMPTION, 1921)  
POR NORMA TALMADGE

Comedia dramática dirigida por ALBERT PARKER \*

First National Attraction



Exclusiva de: L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 :-: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
DOUGLAS MAC LEAN

\*\*\*\*\*

Como una sirena dormida en el mar, la isla de Jamaica muestra al navegante la exuberancia de su belleza tropical.



A esta isla—posesión inglesa—envía Inglaterra los hijos que le estorban: los segundones de casa grande, los que aspiran a enriquecerse rápidamente, los que tienen un espíritu inquieto, ansioso de aventuras...

A esta clase de «emigrantes distinguidos» pertenecía Carlos Standish, que, falto de cariño en su casa, había buscado en la isla encantadora una distracción para su espíritu y había tropezado con el demonio del alcohol.

Jazbo, un indígena que lo emulaba en su terrible vicio, era la única persona que le acompañaba en su soledad.

Carlos, en su destierro, convenciase al correr de los días, de los meses y de los años, de que jamás sus parientes lamentarían su ausencia.

En efecto, las cartas, que llegaban cada dos o tres meses, contenían, bajo diferentes palabras, el mismo fondo de frialdad y egoísmo.

Las últimas noticias que recibiera decían:

*«... Nos dices que no te encuentras a gusto en ese paraíso, y en verdad nos haces pensar que eres muy descontentadizo. Supongo que no intentarás volver. Sabes de sobra cuál es nuestra situación y los equilibrios que tenemos que hacer para sostener el tren que corresponde a nuestro rango. Comprende que en estas condiciones tu regreso nos perjudicaría grandemente...»*

Y cada vez que el correo le traía ecos de la patria, más tristeza penetraba en su corazón.

Cierto día, en el club de los propietarios de plantaciones, donde tenía una prolongación la vida de los colonos radicados en la isla, se brindaba por la despedida de un socio.

Ese era el capitán Hennesey, un viejo lobo de mar, que después de cinco años de permanencia en aquel vergel, se disponía a reanudar su vida de aventuras.

—Lo único que siento es verme obligado a abandonar a la joven que cuidó de mi casa y de mí durante estos cinco años... —expuso el homenajeado.

—¿Se refiere usted a la niña Chole?— preguntóle el secretario del club.

—Sí, a ella. Me cuidaba como lo hubiera hecho una hija... Es una muchacha que admiro, además de por su bondad, por su valentía para afrontar la vida.

—Márchese usted tranquilo, que yo me preocuparé de colocar bien a Chole.

Esta, Isabel Dudson en otro tiempo, entonces «la niña Chole», huérfana de un colono inglés y una belleza española, se veía obligada a trabajar para vivir, y había sido por espacio de la estancia del capitán Hennesey en la isla, su ama de llaves.

Mientras ella hacía las maletas del marino, secundada por un simpático negrito, Federico Kent, propietario de varias plantaciones en la isla y hombre muy pegado de sus dotes de seducción para conquistar a las hijas de Eva, se presentó en la casa.

—¿De modo que con la marcha del capitán se queda usted sola?— comentó.

Chole, disgustada con Federico por las atrevidas manifestaciones de agrado de su persona que con frecuencia la venía haciendo, repuso para demostrarle su indiferencia:

—Hay algo peor que estar sola, señor Kent... y es estar mal acompañada...



Simuló él no advertir el chasco y, reincidiendo en sus galanterías hacia ella, añadió:

—Chole, usted necesita de alguien que le ayude...

Oportuna en la réplica, ella le dijo, señalándole unos bultos:

—Tiene usted razón. Ayúdeme a bajar al coche el equipaje del capitán.

Aunque ello no estuviese en su programa, Kent dió una mano a Chole; pero se cansó pronto y los restantes paquetes que ella le dió para llevar al carruaje, los arrojó al mismo por la ventana, no hiriendo, de milagro, al negro, que estaba en el pescante.

—Y ahora, venga mi recompensa, Chole... ¡Un beso!—le pidió él intentando abrazarla.

—¡Déjeme en paz, señor Kent!... ¡Parece mentira que no comprenda usted que desde que ha llegado me está usted molestando!

Kent, resuelto a ir derechamente a lo suyo, repitió su ensayo de cogerla por la cintura y estrecharla contra su pecho.

Ofendida y agotada su paciencia, Chole castigó al osado con un soberbio bofetón.

El valiente gesto de la joven exasperó a Kent, que la objetó:

—¡Tiene usted muchos humos!... ¡Pero ya llegará el día en que no le servirán para nada! Una mujer que se halle en la situación de usted, debe saber ser más agradable si quiere ser protegida.

—¡Dios me libre de recurrir a usted para nada!

Por la tarde, a la hora en que el capitán tenía anunciado su alejamiento de aquel lugar, Chole fué a despedirle. Estaba triste, en ver-

dad, pues el navegante había tenido la delicadeza de considerarla como hija desde que la tomara a su servicio.

—Chole, has sido muy buena para mi y quiero dejarte mi casa en recompensa... Aquí está



—Y ahora, venga mi recompensa, Chole... ¡Un beso!

la escritura de propiedad extendida a tu nombre—le manifestó con evidente emoción.

Mas ella declinó tal oferta así:

—No, capitán; yo no he hecho más que corresponder a su cariño y, por lo tanto, no necesito recompensa.



—Sin embargo, mi casa te asegurará cuando menos un albergue para toda la vida.

—No pase usted penas por mí... Ya sabe usted que no le tengo miedo a la vida y que me basto para cuidar de mis asuntos... y aun



—Chole, has sido muy buena para mí y quiero dejarte mi casa en recompensa.... Aquí está la escritura de propiedad....

un poco de los ajenos...

—Eres una muchacha singular, mi buena Chole.

—Nada de eso, capitán... Además, el día menos pensado siente usted nuevamente deseos

de venir a descansar a esta isla, y bueno es que su casita le esté esperando.

—No insisto, pues, niña querida, y jamás olvidaré lo mucho que te debo.

—Yo soy, al contrario, la agradecida.

—Hija mía, cuando un viejo como yo se lleva consigo el recuerdo de un corazón tan noble como el tuyo, es porque reconoce que muchos beneficios recibió. Y ya lo sabes: en cualquier caso de apuro, quisiera ser el primero en ayudarte. Por de pronto, preséntate esta misma tarde al secretario del club... Seguramente te será útil.

Poco después, una nave más surcó las aguas del inmenso mar... y un corazón menos reía...

Siguiendo el consejo del capitán, Chole entrevistó con el secretario del club de los propietarios, en busca de otra persona a quien cuidar.

—No tengo nada de fijo por ahora para tí, Chole, pero algo te proporcionaré sin tardar.

—Lo que me gustaría sería encontrar un trabajo en que pudiese ser verdaderamente útil a alguien.

Carlos, entretanto, jugaba con algunos amigos en el club. Estaba ebrio y la suerte le favorecía.

Un criado miraba con afán la suma que amontonaba Carlos sobre la mesa, y los amigos de éste se burlaban de las rarezas que los humos del vino le hacían hacer.

Después de ganar bastante, Carlos quiso levantarse de la mesa, completamente inconsciente, y se desplomó al suelo.

Sus amigos, algo mareados probablemente



también, lanzaron sonoras carcajadas... mientras el criado del salón del círculo no perdía de vista el dinero que tenía Carlos en las manos.

Al ruido producido por la relatada escena acudió Chole, quien, desde el umbral del despacho del secretario del club, contempló como Carlos se ponía en pie y, tambaleándose, se alejaba de allí acompañado por uno de los socios y del criado en cuestión.

También presenció el secretario el lamentable estado en que se encontraba Carlos y, como los demás, se echó a reír.

Chole miró al semi-secretario, reprochándole su conducta y le dijo:

—No se burle de él.... Era un muchacho bueno y fuerte cuando llegó a la isla.

Y tras breve reflexión, añadió:

—Creo que si me lo propusiese, yo conseguiría llevar a ese joven al buen camino.

El secretario repuso:

—Se equivoca usted, Chole... Carlos tiene ya el vicio demasiado arraigado.

Con severidad Chole interrumpió al secretario:

—¡Pero ni uno solo de sus amigos intentó aquí hacer nada para curarle de ese vicio!

—Si usted cree que puede hacer algo, le daré una carta de recomendación para él... Por mí no ha de quedar—manifestó el secretario.

Y Chole, apiadada de Carlos, asintió con su alma:

—Sí, le quedaré muy agradecida si me presenta usted a él...

Carlos, fuera ya del club, era todavía ob-

jeto de las miradas del criado y éste, mientras aquél se dirigía hacia su casa, dijo a otro indígena que estaba a su lado:

—¡El señor Standish lleva mucho dinero encima!... Está muy borracho, y si tú me ayudas, esta noche ese dinero será nuestro.

Los dos pillos se ponían de acuerdo para la buena realización de su plan, mientras Chole, separándose del secretario, oía como éste le decía:

—Le deseo mucha suerte, Chole... A ver si sus buenos propósitos se realizan.

Era aventurado prejuzgar la influencia que Chole podría tener sobre Carlos, pero la fe guiaría sus pasos.

La noche, unas horas después, había extendido su manto sobre la casa de Carlos Standish, cercana a su plantación.

Los ladrones penetraron en la morada del olvidado, y afortunadamente Chole lo hizo casi al mismo tiempo que ellos.

Los pillos, aprovechándose de la embriaguez del doméstico de Carlos y de la de éste mismo, pusieron manos a la obra.

Al ver lo que los malvados pretendían hacer a Carlos, que habíase quedado dormido sobre un sillón, Chole pegóse a la pared de la habitación en que ellos acababan de entrar, para, asíéndose a la menor oportunidad, socorrer al desgraciado.

Los buenos sentimientos de Chole no pudieron manifestarse de pleno de sí mismos, pues los granujas la descubrieron y se abalanzaron a ella para asegurarse su silencio amordazándola y encerrándola en cualquier parte.

Chole sostuvo una ruda pelea con los sinver-



güenzas y al rumor de la misma despertó Carlos, con quien luchó hasta derribarlo, como era fatal, el criado del club que tramó el golpe.

No fiándose de sus fuerzas, inferiores, desde luego, a las del indígena que seguía entendiéndoselas con ella, Chole recurrió a otro extremo más eficaz, y éste fué el apoderarse de una botella que le vino a mano, con la cual castigó en la frente al brutal ladrón. Presa de pánico, en vista del mal cariz que tomaba el asalto, el indígena, rabiando de dolor, huyó, persiguiéndole Chole hasta la tapia del jardín que él saltó casi de cabeza.

El otro bribón, alarmado por el grito que su compinche lanzara al ser herido por Chole, y figurándose que alguien más acudía en auxilio de Carlos, optó también por la fuga al aparecer la temeraria joven.

Y en tanto que los dos puntos se disputaban atribuyéndose uno a otro el fracaso de su «negocio», Chole socorrió con solícita conmiseración a Carlos.

Pronto volvió éste en sí y como la mirara con extrañeza, ella le manifestó:

—Ha estado usted a dos pasos de la muerte, señor... Pero, gracias a Dios, yo estaba aquí y deseo que me permita quedarme a su lado...

Luego, Chole ayudóle a ponerse en pie, y le acarició con sus piadosas y tiernas miradas.

Carlos, recordándola, y reconocido, le musitó:

—Gracias, joven... pero haría usted mejor en marcharse... Yo vivo aquí solo, como un hurón, y mi compañía no le será muy grata...

—Yo no busco comodidades ni satisfacciones para mí... Si no me dice usted más que eso, me quedaré... Vea a lo que he venido a esta casa... —repuso Chole mostrando a Carlos la carta de recomendación del secretario del club.

El leyó el citado escrito, que era el que sigue:

*Amigo Standish: Le presento a la niña Chole, una estupenda ama de llaves, que tiene mucho interés en cuidar de usted y de su casa. Se la recomiendo con mis mejores deseos de que se pongan ustedes de acuerdo.*

*Su almo. y amigo* *Smith.*

Leída esta carta, Carlos dijo a Chole, con decaimiento:

—¡Cuidar de mí cuando ya nada me importa!...

—Si no bebiese usted tanto, podría disfrutar mucho más de la vida... —le replicó Chole.

—Hace usted mal en quedarse aquí, joven... Le agradezco su interés, pero créame, va usted a emprender una tarea harto penosa...

—¡Qué le hace! Precisamente, los trabajos difíciles son los que me gustan.

Ya había dado comienzo la misión de Chole, pues mientras sostenía con Carlos la referida plática le quitó la idea de beber, y cediendo él al fin, le arrebató de las manos la botella cuyo líquido hubiese, sin su intromisión, apurado para olvidar su infortunio atroz.

Chole, creciéndose a los ojos de Carlos que se «dejaba hacer», lo acompañó a su cuarto y al entrar en él hizo una mueca de disgusto seguida de esta exclamación:

—¡Dios mío, cuánto desorden, cuánto polvo



y cuán poca higiene! ¡Es un milagro que no se haya muerto usted en esta pocilga!

—¿Y qué le importaría a nadie si hubiese sido así? —lamentóse Carlos con ironía.

—¿Por qué habla usted en esa forma?... No



—¿Y qué le importaría a nadie si hubiese sido así?

es usted ya un niño, sino un hombre que debe mirar a la vida cara a cara.

—Cuando la vida es como la mía, tan sola, tan falta de afectos, más vale volverle la cara y hundirla en una laguna de alcohol...

—Si usted no se cuida de sí mismo, ¿cómo quiere que se cuiden los demás?

Carlos sentía en su conciencia las justas objeciones de la niña Chole, y aquella noche, como una gracia del cielo, entregóse al descanso del cuerpo y del espíritu. La insistencia de aquélla en imponerse la obligación de hacerle ver la vida agradable, había deslizado en la mente obcecada de Carlos una gota del elixir de la esperanza...

A la mañana siguiente<sup>\*\*</sup>, todos los habitantes de la hacienda de Standish tuvieron ocasión de comprobar que la nueva ama de llaves usaba un despertador muy original. El modelo era indudablemente muy americano: nada menos que un tiroteo en el aire para que el miedo los desperezara a todos en un segundo.

No fué preciso que nadie la presentara como lo que era, pues buen cuidado tuvo Chole misma de imponerse al más terco, exigiendo de cada uno, en rápida visita de inspección, el fruto normal que podían dar de sí.

Carlos, doliéndole aún bastante la cabeza, saltó del lecho al oír los disparos de Chole, y cuando se presentó en el comedor, vió como ella ponía alegremente la mesa mientras se calentaba el café con leche y se tostaban las rebanadas de pan con manteca.

Como consecuencia lógica de la borrachera de la víspera, Carlos estaba sediento y pidió a su criado que le diera de beber, a lo cual ella replicó:

—¡Usted quiere matarse, señor Standish!... Nada; puesto que hay que cortar un día u otro ese vicio, extirpémosle hoy mismo.



Ante el asombro de su criado y la inmensa alegría de Chole, Carlos no bebió y se desayunó aquella mañana, servido por su doméstico, con todo el respeto debido, con un tazón de café con leche.

Durante el almuerzo, Carlos recibió la visita del administrador de sus plantaciones, que no inspiró a Chole la menor confianza, sino todo lo contrario, mucha menos cuando oyó la información que le traía:

—No hay mucho beneficio este trimestre, señor Standish.

A lo cual, Carlos, indiferente, repuso:

—Ya le he dicho a usted varias veces que no me maree con asuntos de negocios... ¡No tengo yo la cabeza para que me hablen de números!

Desapareció a poco el aludido administrador y al cruzarla miró a Chole con curiosidad...

Obsesionada por la idea nacida en ella hija de la impresión que le produjera el apoderado de Carlos, Chole se permitió ponerse en camisas de once varas advirtiendo al hastiado de la vida:

—Ese administrador le roba descaradamente, señor Standish... Todos lo saben en la isla... menos usted...

—No —interrumpió Carlos—; yo lo sé también... pero ¿qué voy a hacerle?... ¡Si yo tuviera más voluntad!

—Si deja la bebida, dentro de unas semanas podrá usted vigilar por sí mismo sus plantaciones, y nadie le robará impunemente.

Carlos hizo un gesto de abandono... mas la razón parecía abrirse paso en él... ¿Se operaría la transformación acariciada por Chole?

Pasaron los días, y Carlos Standish, luchando constantemente entre su vicio arraigado y aquella bienhechora influencia que había entrado en su vida, se sentía aún bastante lejos de la victoria.

También la casa, antes en completo abandono, se transformaba, tocada por la varita mágica de la niña Chole.

En efecto, el retiro de Carlos respiraba otro ambiente... Todo lo hizo ella restaurar y el orden, simpático y acogedor, iba imponiéndose en todos los rincones de la casa.

Carlos tampoco era el mismo. Su rostro, antes en continuo olvido, cuidábalo él diariamente y, sin la sombra desagradable de la negruzca barba, parecía mucho más joven a la par que mucho más hombre. Sus ojos irradiaban mayor firmeza y, por último, su compostura era elegante como lo había sido antes de entregarse, desesperado, al vicio desastroso de la bebida.

Alguna vacilación, sin embargo, quedaba todavía en él y cierta tarde, dominado por el deseo, se dirigió, decidido a ceder a la tentación, a un pequeño armario en que coleccionaba las mejores botellas; lo abrió y su decepción fué extraordinaria al ver que los vinos habían sido cambiados por libros.

Violentado en su deseo, Carlos reprochó aquello con acritud a Chole, y ésta, sin enojo, observóle:

—¿No va usted a cumplir la palabra que me dió, señor Standish? Está usted a punto de vencer... No empiece ahora a retroceder en el camino recorrido...





—Ese administrador le roba descaradamente, señor Standish.... Todos lo saben en la isla... menos usted....



Carlos se había apoderado de una botella y se proponía desoir a Chole exclamando:

—¡No puedo, Chole, no puedol... ¡Es más fuerte el vicio que mi voluntad!

Pero ella, celosa más que nunca en el cumplimiento de su misión, lo detuvo en su gesto con estas palabras:

—Ya le falta poco, señor Standish... Un poco de perseverancia y habrá usted vencido a ese enemigo que quiere matarle.

Una vez más los consejos de Chole tuvieron más poder que los residuos de la debilidad fatal de Carlos, y éste, airado por la nueva derrota, se separó de su ama de llaves murmurando...

Y continuó la lucha sorda, y un día, como Chole lo predijera, Carlos Standish pudo ocuparse personalmente de sus plantaciones.

El administrador había sido despedido, y desde entonces la niña Chole se ocupaba de llevar las cuentas de la hacienda.

Federico Kent, de regreso de un viaje a Inglaterra, rondó cierto día la casa de Carlos, para ver a Chole. La divisó desde una ventana sentada ante una mesa de trabajo, frente al campo.

La presencia de aquel hombre desprovisto de delicadeza, le fué muy desagradable a Chole, y procuró esquivar que él le hablase.

Kent se adelantó a su propósito.

—¡Vamos! Veo que Standish ha tenido más suerte que yo... —comentó con picardía.

—El señor Standish... es el señor Standish.

—¡Clarol... En fin, si ha cambiado usted de parecer sobre ciertas cosas, aun podemos ser buenos amigos, ¿me comprende usted?

—Yo nunca cambiaré de parecer respecto a cierta clase de personas, señor Kent.

—Nada; he tenido la desgracia de no serle a usted agradable, niñita Chole...

Un poco después, Kent se encontraba en el club con sus amigos. Carlos era uno de estos.

Para celebrar su regreso, Kent ofreció de beber a todos, y causándole la consiguiente extrañeza oyó cómo Carlos pedía un refresco cualquiera pretextando estar cansado de li cores.

Delante de todos, Kent hizo estas manifestaciones:

—Observo que Standish está completamente cambiado... ¡Clarol... Las mujeres son tan persuasivas... No te extrañe lo que diga, Carlos, pues ya sé que tienes en tu casa a la muchacha más bonita de Jamaica... ¡Eres el amo, chico!

Como insultado directamente ante la ofensa dirigida a Chole, de la que Kent osaba suponer una bajeza, Carlos se levantó de su silla y le cruzó la cara con su diestra.

Los amigos se pusieron de por medio evitando que las cosas pasaran a otro terreno.

Al volver a su casa, Carlos comprendía que su deber era separarse de la niña Chole, cuya reputación peligraba a su lado... pero al mismo tiempo se daba cuenta de que la vida, después de esta separación, sería un infierno para él.

Sin saber cómo, Carlos tomó una desesperada resolución: el suicidio, y por segunda vez, le libró Chole del peligro, llegando a su presencia a tiempo de evitar que se consumara la tragedia.



— ¿Qué significa esto, señor Standish?...  
¿Quiere usted explicarme?...

— Me veo obligado a despedirla, Chole... y, sin embargo, no puedo vivir sin usted...

— Pero, por Dios, ¿qué pasa?

— ¡He estado ciego... he sido egoísta!... ¡Yo no veía que a mi lado perdía usted su reputación!

— ¡Desprecie usted las murmuraciones como las desprecio yo, señor Standish!... Cuando vine a cuidarle a usted, ya sabía que sacrificaba mi buen nombre...

— ¡Yo tuve la culpa!... ¡Yo, que nunca debí consentir que usted entrase en mi casa!

— Pero, ¿no sabe usted que ha sido esta la época más feliz de mi vida?

Carlos y Chole se cubrían de tiernas miradas... Sus almas se sentían fundirse en un mismo anhelo...

De súbito, ansiando no equivocarse, Carlos dijo a Chole:

— Usted se ha sacrificado por mí, me ha cuidado como a un enfermo, me ha librado de las garras del vicio... ¿Por qué ha hecho usted todo esto, Chole?

Los ojos de la joven hablaban por ella... Carlos la rodeó la cintura y acercóla a sí...

Y se oyó la voz angelical de Chole...

— ¡Porque le amo a usted!

Y también se oyó el chasquido de un beso...

Siguiendo aquel camino aromado por las rosas del amor, Standish encontró el medio de poner a salvo la reputación de Chole, sin separarse de ella, hablándole así:

— Muy poco puedo ofrecerle, Chole... pero,

si quiere usted aceptar mi mano y mi corazón...

— ¿Está usted seguro de que no le pesará algún día? Soy una mujer tan distinta de las de su clase...



— Muy poco puedo ofrecerle, Chole..., pero, si quiere usted aceptar mi mano y mi corazón...

— Por eso mismo la quiero a usted... ¡por eso mismo te quiero!

Chole estaba entusiasmada y Carlos no cabía en su pellejo de contento.

En aquellos momentos, Enrique, el hermano



mayor de Standish, que acababa de llegar de Inglaterra, se apeaba a la puerta de la hacienda del olvidado, mientras éste, en un transporte de suma felicidad decía a Chole:

—Voy a ver si obtengo la licencia antes de que cierren la oficina, y entonces nos casaremos esta misma tarde.

Al ir a salir de su casa, Carlos recibió la sorpresa, ciertamente fría, de la llegada de su hermano.

—Carlos, vengo a comunicarte una noticia importante... Tu tío Ernesto Granville ha muerto —le dijo.

—Bien. La noticia no me da frío ni calor... El tío Ernesto nunca fué un buen amigo de nuestra casa... —le contestó Carlos con un pie ya fuera de la hacienda y el otro casi también.

—Parece ser que a la hora de la muerte ha rectificado sus opiniones y te ha dejado toda su fortuna... —añadió el hermano.

—Bueno. Espérame aquí. Voy a hacer una diligencia y vuelvo en seguida.

Partió disparado Carlos de su casa y Chole se presentó en la habitación donde el hermano de Inglaterra, con un acompañante, esperaban a Carlos.

Casi al mismo tiempo que Chole, entró Kent en la aludida pieza. Enterado por el hermano de su rival en amores de que el objeto de su viaje a Jamaica era para hacer regresar a Inglaterra, al lado de la familia, a Carlos, Kent, habiendo visto salir a Carlos, se proponía lanzar contra Chole la calumnia para desbaratar los planes que ella y su rival hubiesen formado.

Y como el hermano se preguntara quién era

aquella mujer joven que vivía en la misma casa de su hermano, Kent soltó con misterio la serpiente venenosa:

—El pobre Carlos vivía solo, se aburría como una ostra, y... ya usted sabe lo que ocurre casi siempre en estos casos...

El hermano, alarmado por el temor de que Chole tuviera alguna influencia sobre Carlos, decidió descartarla.

Tras breve saludo, que Chole, con razón calificó de glacial, le notificó:

—Joven, supongo que no habrá usted tomado en serio a mi hermano Carlos...

Chole, aunque la presencia de Kent era de mal agüero, contestó con firmeza:

—Figúrese usted si lo he tomado en serio, que voy a casarme con él.

En vista de cómo estaban las cosas entre Carlos y Chole, el hermano usó de su habilidad, pues si ellos se casaban, de la fortuna de Carlos no podría beneficiarse la familia...

Y le habló así:

—Señorita, comprendo que usted quiere a mi hermano, y por eso mismo no debe usted desbaratarle su vida y su porvenir... Inglaterra es muy diferente de Jamaica... Aquí puede usted ser la mujer ideal para él, pero allí, en su ambiente, él mismo lamentará tener que presentarla como su esposa... Créame usted que le hablo con sinceridad, hija mía... Pienso tanto en su felicidad como en la de él... El verdadero amor es el que se sacrifica, joven... Renuncie usted a su sueño y deje que él vuelva solo a Inglaterra, para que allí elija compañera entre las mujeres de su clase.

Un raudal de lágrimas brotó de los ojos de



Chole... y una vez más se sacrificó. Las palabras del hermano, supuestas por ella fiel reflejo de la verdad, la hicieron olvidar su propia felicidad y con mano trémula escribió la siguiente carta bajo el dictado de aquél:

*Querido Carlos:*

*He estado pensando en todo lo que hablamos esta tarde, y creo que los dos nos equi-*



—...Renuncie usted a su sueño y deje que él vuelva solo a Inglaterra,...

*vocamos. Me falta valor para abandonar esta isla, donde todo me es familiar. Lejos de aquí, aun estando a tu lado, la echaría de menos, y la nostalgia entibiaría mi amor...*

Kent y el hermano no dudaban que Chole no volvería a ver más a Carlos... mas fallaron sus esperanzas, pues por la noche, Carlos, que la

buscaba, la encontró al fin y le pidió una explicación de su conducta:

—He leído tu carta... ¿Quieres explicarme ese cambio tan repentino en tu manera de pensar?

Ella le rehuía, comprendiendo que le faltarían fuerzas para no caer de nuevo en sus brazos.

—¿No comprendes—añadió Carlos—que sin tí la vida no tiene para mí atractivos; que si tú me abandonas volveré a hundirme en el vicio?... Ven a Inglaterra, Chole... Yo te aseguro que a mi lado no echarás de menos tu isla...

—¡Déjame!... ¡Inglaterra me da miedo y tu casa también!... Tu hermano tiene razón... Entre tu familia, yo sería una intrusa que se habría atrevido a ocupar un puesto que pertenece a una mujer de tu clase...

—Desecha tus temores... Mamá te acogerá bien... te lo aseguro...

—Dices eso por animarme, pero en el fondo tú comprendes que tu hermano y yo tenemos razón.

—¡Lo único que comprendo, mi Chole, es que te quiero con toda mi alma y que no puedo vivir sin tí!...

Y venció el amor...

\*\*\*

Algunas semanas después, en Inglaterra, la señora Standish, instalada confortablemente en la casa del difunto tío Ernesto, que pertenecía a Carlos, se disponía a recibir a su entonces queridísimo hijo.

Ernestina Bowe y su hermano Lord Alejandro Bowe, propietarios de muchos pergaminos



borrosos, que de buena gana cambiarían por contantes y sonantes libras esterlinas, eran huéspedes de la señora Standish. Esta vería con suma complacencia que Carlos se casara con Ernestina... por los títulos, y los hermanos no deseaban otra cosa.

Precediendo a Carlos y a Chole, casados como la ley manda, llegó a Inglaterra el hijo mayor de la vanidosa señora Standish.

—¿Y Carlos?—preguntó ésta.

—Le dejé en Londres comprando todo un almacén de cosas para poner a su mujer un poco presentable.

—¿A su mujer?

—Sí, mamá... El pobre Carlos ha caído en el garlito y te trae a casa una nuera... nada menos que de Jamaica.

—¿Y quién es esa desgraciada? ¡Dios mío!... ¡No tendremos más remedio que recibirla!

Los nobles participaban, como se supone, en el disgusto de la señora Standish.

De pronto, ésta, iluminada por una idea indigna de una buena madre, tramó un complot contra Chole y, reuniendo a los nobles y a su hijo mayor, les dijo:

—Es necesario que le hagamos ver muy claramente que no es una mujer de nuestra clase... ¡Sobre todo, conservar las distancias! De este modo, seguramente Carlos comprenderá que no puede quedarse en Inglaterra con ella, y le dará su pasaporte para Jamaica.

Todos se prometieron hacerle la vida imposible a Chole, pero el hermano de Carlos expuso:

—Es necesario no olvidar que Carlos está enamorado de esa muchacha.

Sobre estas palabras se presentaron Carlos y Chole, ésta transformada en elegantísima dama, tal vez demasiado elegante para inspirar mayor envidia en la señora Standish y Ernestina.

Carlos besó a su madre y cuando iba a saludar a Ernestina se sintió abrazado y besado con efusión por ella. Ante su extrañeza, Ernestina suspiró:

—Perdóname, Carlos... Estaba pensando en aquellos tiempos que pasaron... para no volver más...

Carlos presentó Chole a su padre y ésta, con visible disgusto, dijo, mientras le daba la mano con indiferencia:

—Es una lástima, pero ¡qué le vamos a hacer!... No se puede saber desde aquí las tontearías que es capaz de hacer un muchacho en las colonias.

En el mismo tono, Chole contestó:

—Conozco a algunas personas que mandaron a un miembro de su familia a las colonias y no se preocuparon de su vida más que para censurarla.

Y callóse, cortada, la madre.

Ernestina, para molestar aun más a Chole, conforme se había convenido, comentó al serle presentada:

—Es usted muy bonita... Yo creía que en su país todavía llevaban las mujeres un anillo en la nariz...

—No—replicó Chole—. Ahora las modas han cambiado y lo llevamos en un dedo... como usted lo puede ver...

Luego, le tocó el turno a Lord Alejandro, un tipo presumido tonto.



—¡Salud, pequeña!... ¡Jamaica es tierra calurosa y por eso le doy a usted una calurosa bienvenida!

—Pues yo, en cambio, creo que le trataré a usted de un modo... muy frío.

Chole, hondamente disgustada por la hostilidad con que todos la recibieron, notificó a su madre política.

—Me siento fatigada y desearía pasar a mi habitación.

La señora Standish hizo conducir a Chole a su habitación por una doncella, y cuando su esposa se hubo marchado, Carlos mostróse a su madre muy enfadado por la acogida dispensada a Chole.

La madre, fingiendo no haberse dado cuenta, le contestó:

—Tienes que darnos un poco de tiempo para que nos vayamos acostumbrando... La sorpresa ha sido tan poco agradable para todos...

Entretanto, el noble decía a su hermana:

—No, pues la muchacha sabe hacerse respetar... Tiene unas contestaciones que le dejan a uno petrificado.

El hermano, para apaciguar los ánimos, ofreció un brindis a la salud de Chole, con un premeditado plan, enterado por el antipático Kent en Jamaica del vicio que tenía antes Carlos.

Después, Carlos entró en la habitación donde su esposa le esperaba luciendo un precioso vestido, y le informó:

—Tu elegancia ha sorprendido a todos los de casa...

—Sí... Ellos sin duda esperaban encontrarse

con una criada de servicio y les extraña que yo sepa colocarme un vestido...

—Ya verás como poco a poco te vas acostumbrando... Inglaterra es un país maravilloso y los de mi familia son en el fondo buenas personas.

Chole miró fijamente a Carlos, que hablaba por los codos, y de pronto, rechazándolo, le objetó, adolorida:

—¡Has bebido!

Al correr de los días<sup>\*\*</sup>, la niña Chole fué observando con pena que la vida de «sociedad» iba transformando visiblemente a su marido, que jugaba en demasía, perdiendo casi siempre.

Alejandro era uno de los que mejor sabían desvalijarlo en el juego.

Cierta noche, Carlos, cansado de perder, hizo sentar a Chole a su lado, so pretexto de que sin ella nunca tenía suerte.

Y Chole, que viera lo que su esposo no hubiera visto nunca, lanzó inopinadamente, llena de indignación, una acusación sobre Lord Alejandro.

—¡Alto!—gritó—. ¡Ese hombre está jugando con cartas marcadas!

Se levantaron todos los invitados mirando con asombro alternativamente al estafador y a Chole. Carlos estaba desconcertado.

Lord Alejandro, iracundo, contestó a la acusadora:

—Creo que una antigua criada de Jamaica no es la persona indicada para emitir juicios sobre mi honor, bien reconocido.

—He aprendido en Jamaica lo suficiente pa-



ra poder juzgar del *honor* de personas como usted —replicó Chole.

Carlos, conteniendo a su esposa, la ordenó:

—Vete a tu habitación, Chole... Estos asuntos son propios para ser arreglados por hombres y no por mujeres.

Ante la observación de Carlos, Chole se retiró de la sala de juego, mientras el hermano



—He aprendido en Jamaica lo suficiente para poder juzgar del *honor* de personas como usted...

de su marido hacía reconciliar a Lord Alejandro y a Carlos, mal que le pesara a éste...

La madre Standish, al corriente de lo ocurrido, dijo a Ernestina, que aprobaba:

—¡Esto ya es insoportable!... ¡Ahora mismo voy a decirle que no puede continuar viviendo en *mi* casa!

Y fué a ver a su nuera que lloraba amargamente en su habitación.

—Hija mía, usted es una joven de talento y comprenderá que esta situación en que vivimos desde su llegada no puede prolongarse... Usted no está acostumbrada a nuestra vida y nunca comprenderá nuestras costumbres... Carlos se encuentra aquí en su elemento, mientras que usted... Creo que lo más práctico sería que usted se volviese a Jamaica... Yo misma cuidaré de que no le falta nada.

—Está bien, señora, me iré... pero tenga la bondad de dejarme sola—repuso, desfallecida, Chole.

Luego, sola, dijo a la doncella:

—Prepare mi equipaje enseguida... Me marcho.

La señora Standish se entrevistaba poco después con Carlos, a quien manifestó:

—Carlos, hijo mío, ¿no comprendes que es imposible seguir viviendo de esta forma?

—¡Pobre Carlos! —añadió Ernestina.

—Reconoce que esa mujer—prosiguió la madre—es demasiado salvaje para vivir entre personas civilizadas... En Jamaica puede hasta ser una reina, pero aquí no hará otra cosa que avergonzarnos a todas horas...

Carlos, callado hasta entonces, asintió:

—Tenéis razón... Debe volver a Jamaica inmediatamente.

Y reuniéndose con su esposa, que se disponía a marcharse suponiéndose despreciada por él mismo, la dijo:

—¿Qué haces, Chole?

—Me voy a mi isla...

Carlos, como la primera vez que la miró a



los ojos con amor, la estrechó contra sí apasionadamente manifestándole:

—Yo te acompaño, Chole... También yo echo de menos aquellos horizontes y pienso que sólo allí podremos ser verdaderamente felices...

—¿Pero es verdad, Carlos?... ¡Y yo que creía que tú también querías desembarazarte de mí! —balbució Chole acurrucándose junto a su esposo.

El amor triunfaba sobre la envidia..

El único amor de Carlos era, a todas luces, su Chole.

FIN

(Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

PRÓXIMO NÚMERO

## Alma de Dios

sentimental película inspirada en la zarzuela del mismo nombre.

Protagonistas: IRENE ALBA-JUAN BONAFÉ

GRAN ÉXITO

Postal-fotografía: MLE. MADYS

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles Precio, 25 cts.

---